



GC |
MAYORDOMÍA



se tu UNA

Bendición

MES DE LA MAYORDOMÍA LAS 4 T · 04 TESORO

Mayordomía del Tesoro

El corazón detrás de la fidelidad: todo pertenece a Dios

Pr. Wagner Guidini · Departamento de Mayordomía de la Conferencia General

“Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón.”

MATEO 6:21

ESTRUCTURA DEL MENSAJE

- | | |
|---|--|
| 01 Dios es el dueño; nosotros somos administradores | 06 La fidelidad continúa |
| 02 El diezmo: reconocer la soberanía de Dios | 07 Cristo, el mayor regalo |
| 03 Las primicias: Dios en primer lugar | 08 Las cuatro T: toda una vida en el altar |
| 04 Las ofrendas: expresión voluntaria de amor | — Llamado final |
| 05 El tesoro al servicio de la misión | |

Introducción: la última T revela el corazón

Queridos hermanos y hermanas, que la paz de nuestro Señor Jesucristo esté con todos. Durante este mes tuvimos la oportunidad de estudiar un tema muy importante para la vida cristiana: la mayordomía. Aprendimos que ser mayordomo significa administrar lo que pertenece a otra persona. En la mayordomía cristiana reconocemos que Dios es el verdadero dueño y que nosotros somos administradores de los bienes, las oportunidades y las capacidades que Él puso en nuestras manos.

A lo largo de estos cuatro sábados, nuestra iglesia reflexionó sobre las cuatro T de la mayordomía cristiana. El primer sábado reflexionamos sobre la mayordomía del tiempo. Aprendimos que cada día de nuestra vida es un regalo de Dios. El tiempo pasa, las oportunidades llegan y desaparecen, y un día daremos cuenta de la manera en que usamos nuestra existencia.

El segundo sábado estudiamos la mayordomía de los talentos. Reconocimos que Dios concedió a cada persona capacidades y oportunidades que necesitan desarrollarse y ponerse al servicio

de Su causa. El tercer sábado consideramos la mayordomía del templo, nuestro cuerpo. Recordamos que nuestro organismo pertenece al Señor y que cuidar la salud física, mental y espiritual es una manera de honrar al Creador.

Hoy llegamos a la cuarta y última T: la mayordomía del tesoro. Cuando oímos la palabra tesoro, solemos pensar en dinero, propiedades, salarios, ahorros y bienes materiales. Antes de hablar de cantidades, porcentajes y contribuciones, necesitamos hacernos una pregunta:

LA PREGUNTA DE ESTE MENSAJE

¿Por qué Jesús relacionó tantas veces el dinero con el corazón humano?

“Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón.”

MATEO 6:21

Observemos que Jesús no estaba enseñando solamente a administrar recursos financieros. Estaba revelando una realidad espiritual. Lo que consideramos valioso influye en nuestras elecciones, nuestras prioridades y nuestras decisiones. Podemos decir que amamos a Dios, pero es necesario observar si nuestras decisiones demuestran ese amor.

Podemos afirmar que el reino de los cielos es nuestra prioridad, pero necesitamos preguntarnos si estamos poniendo nuestros recursos al servicio de ese reino. Esto no significa que tener dinero sea pecado. La Biblia presenta a hombres fieles que administraron grandes riquezas, como Abraham, Job y José en Egipto.

El problema no está simplemente en tener bienes, sino en permitir que los bienes materiales ocupen el lugar que pertenece a Dios, o en usarlos sin considerar Su voluntad, las necesidades de la familia y el bien del prójimo. Por eso presentaremos una verdad que acompañará todo el mensaje:

**La verdadera fidelidad financiera no comienza en el bolsillo.
Comienza en el corazón.**

01 Dios es el dueño; nosotros somos administradores

“De Jehová es la tierra y su plenitud; el mundo, y los que en él habitan.”

SALMOS 24:1

La Biblia comienza nuestra comprensión de la mayordomía con una declaración muy clara: todo pertenece a Dios. La casa donde vivimos, los recursos que recibimos, las capacidades profesionales que desarrollamos y las oportunidades que encontramos a lo largo de la vida. Es verdad que trabajamos, estudiamos, hacemos sacrificios y nos esforzamos para sostener a nuestra familia.

El trabajo honesto tiene gran valor. La Biblia no desprecia el esfuerzo humano. Al contrario, nos enseña a trabajar con diligencia y responsabilidad. Sin embargo, necesitamos reconocer que la capacidad de trabajar, la salud necesaria para producir, la inteligencia para aprender y las oportunidades para prosperar también son bendiciones recibidas de Dios.

“Y digas en tu corazón: Mi poder y la fuerza de mi mano me han traído esta riqueza. Sino acuérdate de Jehová tu Dios, porque él te da el poder para hacer las riquezas.”

DEUTERONOMIO 8:17-18

Moisés orientó al pueblo de Israel para que no dijera en su corazón que lo había conquistado todo solo con la fuerza de sus propias manos. Es un peligro que también enfrentamos hoy. Sea en la escasez o en la abundancia, necesitamos depender de Dios. Cuando alcanzamos estabilidad financiera, corremos el riesgo de creer que todo es resultado exclusivo de nuestra competencia. Dejamos de reconocer al Dador y comenzamos a contemplar solo la dádiva.

La experiencia de David

Una de las lecciones más hermosas sobre mayordomía está en la experiencia del rey David. En 1 Crónicas 29, el pueblo de Israel contribuía para la futura construcción del templo. David había preparado recursos. Los líderes también hicieron sus aportes. El pueblo respondió con generosidad. Al parecer, aquella sería una oportunidad para que el rey celebrara la gran cantidad de riquezas reunidas. Pero David hizo algo diferente. Dirigió los ojos al cielo y reconoció:

“Pues todo es tuyo, y de lo recibido de tu mano te damos.”

1 CRÓNICAS 29:14

¡Qué declaración extraordinaria! David estaba diciendo: Señor, recibimos de Tus manos y ahora devolvemos una parte de lo que nos confiaste. Esa comprensión cambia por completo nuestra relación con el dinero. Cuando creo que todo es exclusivamente mío, cualquier contribución puede parecer una pérdida. Pero cuando reconozco que todo pertenece a Dios, entiendo que soy solamente un administrador.

Y un administrador fiel no pregunta solamente: ¿Cuánto puedo gastar en mí? También pregunta: ¿Cómo puedo administrar los recursos que Dios me confió para honrarlo y beneficiar a otras personas? Elena G. de White destaca, al tratar de la mayordomía, que los diezmos y las ofrendas expresan nuestro reconocimiento de que Dios es la fuente de las bendiciones que recibimos (Consejos sobre mayordomía cristiana, capítulo sobre la regularidad y el sistema; página por conferir en la edición en español).

Por lo tanto, la mayordomía del tesoro comienza con un cambio de mentalidad. No somos dueños absolutos. Somos administradores responsables ante Dios.

02 El diezmo: reconocer la soberanía de Dios

Cuando hablamos de la mayordomía de los tesoros, es importante comprender la enseñanza bíblica acerca del diezmo. La palabra diezmo significa décima parte. En la Biblia encontramos este principio aun antes de la organización de la nación de Israel.

Abram y Melquisedec

En Génesis 14:18-20 encontramos a Abram después de una importante victoria. Melquisedec, sacerdote del Dios Altísimo, salió a su encuentro y lo bendijo. La Biblia declara que Abram le dio los diezmos.

“Y bendito sea el Dios Altísimo, que entregó tus enemigos en tu mano. Y le dio Abram los diezmos de todo.”

GÉNESIS 14:20

Abram había experimentado el cuidado y la protección divina. Su respuesta reconocía que la victoria no era simplemente fruto de su capacidad militar. La fidelidad estaba ligada al reconocimiento de la bendición de Dios. Más tarde, en el sistema religioso de Israel, el principio del diezmo fue confirmado y establecido con claridad.

“Y el diezmo de la tierra, así de la simiente de la tierra como del fruto de los árboles, de Jehová es; es cosa dedicada a Jehová.”

LEVÍTICO 27:30

El diezmo se apartaba como algo que pertenecía especialmente a Dios. En el principio bíblico del diezmo, el porcentaje no lo determina libremente cada persona. La décima parte es el valor que identifican las Escrituras. Las ofrendas, como veremos más adelante, tienen características diferentes.

La invitación de Malaquías

“Traed todos los diezmos al alfolí y haya alimento en mi casa; y probadme ahora en esto, dice Jehová de los ejércitos, si no os abriré las ventanas de los cielos, y derramaré sobre vosotros bendición hasta que sobreabunde.”

MALAQÚÍAS 3:10

El pasaje se encuentra en un contexto de infidelidad espiritual, en el que Dios llama a la nación a volver al pacto. El objetivo no era solo recaudar recursos. Era restaurar una relación de fidelidad y confianza.

También necesitamos entender correctamente las promesas de bendición de ese capítulo. El Señor promete Su cuidado y Su provisión, pero no debemos convertir el diezmo en un contrato comercial. No devolvemos el diezmo para obligar a Dios a multiplicar nuestra cuenta bancaria. No podemos prometer que todo el que diezma se volverá rico o que nunca enfrentará dificultades financieras.

La Biblia presenta siervos fieles que pasaron por necesidades, enfermedades y grandes pruebas. Nuestra fidelidad no es una negociación para comprar la protección divina. La fidelidad es una respuesta de confianza, reconocimiento y obediencia al Señor.

Un ejemplo sencillo

Imaginemos a una persona que recibe su salario a fin de mes. Antes de organizar sus gastos, separa la décima parte que reconoce que pertenece a Dios. ¿Por qué lo hace? No porque Dios necesite ese dinero para seguir siendo Dios. No porque desee comprar una bendición. Sino porque está poniendo en práctica una convicción espiritual: el Señor es el dueño y el sustentador de su vida. Al devolver el diezmo, esa persona declara con sus acciones:

“Señor, reconozco que todo lo que tengo viene de Ti. Quiero ser fiel en la administración de los recursos que pusiste en mis manos.”

Sin embargo, la fidelidad no termina en el momento en que entregamos el diezmo. También necesitamos administrar correctamente lo que queda bajo nuestra responsabilidad. No sería coherente devolver el diezmo y, al mismo tiempo, vivir de manera deshonesta. No sería coherente hablar de fidelidad a Dios y descuidar deliberadamente las necesidades de nuestra familia. Dios espera integridad en toda nuestra administración. El diezmo es una expresión importante de la fidelidad, pero la mayordomía abarca toda la vida financiera.

03 Las primicias: Dios en primer lugar

“Honra a Jehová con tus bienes, y con las primicias de todos tus frutos.”

PROVERBIOS 3:9

En la vida agrícola de Israel, las primicias estaban relacionadas con los primeros frutos de la cosecha. Antes de disfrutar plenamente de la producción, el pueblo reconocía la provisión divina. En Éxodo 23:19 encontramos instrucciones sobre la presentación de los primeros frutos de la tierra. La palabra primicias transmite una idea muy significativa: lo que viene primero.

El Señor enseñaba a Su pueblo a no olvidar la fuente de sus bendiciones. Necesitamos distinguir bien los principios. El diezmo corresponde a la décima parte. Las primicias, en el contexto histórico de Israel, eran la primera porción de la producción ofrecida a Dios. Las ofrendas también aparecen en las Escrituras como expresiones de adoración, gratitud y consagración. Estos conceptos tienen relaciones espirituales importantes, pero no deben presentarse como si fueran exactamente lo mismo.

Elena G. de White explica que, aun antes de que se reservara el diezmo, los primeros frutos y productos del trabajo se consagraban al Señor como reconocimiento de Sus derechos y de Su provisión (Patriarcas y profetas, cap. 50, “Diezmos y ofrendas”; en el original inglés, p. 526). La gran lección espiritual de las primicias es la prioridad.

Dios en primer lugar

Es posible que un cristiano reconozca a Dios con sus palabras y, aun así, organice toda su vida sin tenerlo en cuenta. Planificamos nuestros proyectos personales. Organizamos nuestras

vacaciones. Pensamos en nuestras compras. Fijamos metas profesionales. Y solo después preguntamos si quedará algo para contribuir a la causa de Dios.

Pero el principio de las primicias nos invita a pensar de otra manera. Dios no desea simplemente recibir lo que sobra. Desea ocupar el primer lugar en nuestro corazón. Esto abarca mucho más que el dinero. Implica poner la voluntad de Dios por encima de nuestras ambiciones. Implica tomar decisiones financieras responsables. Implica evitar que el consumo, el lujo y el deseo de acumular bienes se conviertan en el centro de nuestra existencia.

“Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas.”

MATEO 6:33

Observemos la palabra: primeramente. Si el reino de Dios ocupa el primer lugar, eso también debe influir en la manera en que planificamos y usamos nuestros recursos. Al organizar nuestra vida financiera, deberíamos reservar espacio para nuestra responsabilidad ante el Señor, para el cuidado de la familia, para la ayuda a los necesitados y para el apoyo a la misión.

Es posible honrar a Dios por medio de una administración sencilla, organizada y consciente. Muchas veces, ser fiel no exige tener grandes riquezas. Exige poner en orden nuestras prioridades.

Antes de preguntar cuánto tengo, necesito preguntar quién ocupa el primer lugar en mi vida.

04 Las ofrendas: una expresión voluntaria de amor y gratitud

“Cada uno dé como propuso en su corazón: no con tristeza, ni por necesidad, porque Dios ama al dador alegre.”

2 CORINTIOS 9:7

El apóstol Pablo presenta un principio extraordinario. Dios no desea una contribución motivada simplemente por la presión, la vergüenza o el deseo de impresionar a otros. La ofrenda cristiana debe presentarse con conciencia, propósito, generosidad y alegría. Cuando alguien entrega algo a Dios solo porque fue presionado públicamente, puede haber una contribución financiera. Pero es necesario preguntar si hubo una verdadera entrega espiritual. El Señor conoce las intenciones del corazón.

La ofrenda de la viuda

En Marcos 12:41-44, Jesús observaba a las personas que depositaban sus contribuciones en el arca del templo. Algunos entregaban grandes cantidades. Entonces apareció una viuda pobre, que echó dos blancas. A los ojos humanos, aquella contribución probablemente parecía insignificante.

“De cierto os digo que esta viuda pobre echó más que todos los que han echado en el arca; porque todos han echado de lo que les sobra; pero esta, de su pobreza echó todo lo que tenía, todo su sustento.”

MARCOS 12:43-44

El Maestro mostró que el valor espiritual de una ofrenda no puede medirse solo por la cantidad de dinero entregada. El Señor conoce las circunstancias y las posibilidades de cada persona. Conoce los sacrificios que nadie ve.

Las iglesias de Macedonia

Otro ejemplo muy significativo aparece en 2 Corintios 8. El apóstol Pablo describe la generosidad de las iglesias de Macedonia. Aquellos cristianos enfrentaban tribulaciones y dificultades financieras. Aun así, mostraron gran disposición a participar en una ofrenda destinada a ayudar a otros hermanos. Pero hay un detalle extraordinario:

“Y no como lo esperábamos, sino que a sí mismos se dieron primeramente al Señor, y luego a nosotros por la voluntad de Dios.”

2 CORINTIOS 8:5

Esta es una de las declaraciones más importantes de nuestro mensaje. Antes de entregar sus recursos, aquellos hermanos entregaron su propia vida a Dios. Su generosidad nació de la consagración. Esto significa que la verdadera ofrenda no comienza cuando abrimos la billetera. Comienza cuando abrimos el corazón a la voluntad divina. Podemos dar mucho y aun así alimentar el orgullo. Podemos dar poco y actuar con profundo amor. La cantidad tiene importancia práctica para realizar proyectos, pero el Señor también considera las circunstancias y las motivaciones.

Elena G. de White presenta un pensamiento precioso: Dios se agrada de la ofrenda que nace de un corazón que ama (Consejos sobre mayordomía cristiana, capítulo sobre las ofrendas voluntarias; página por conferir en la edición en español). Ese debe ser el espíritu de nuestras ofrendas. No damos para ganar la admiración de los demás. No damos para comprar la salvación. No damos para hacer un trato comercial con Dios. Damos porque fuimos amados primero.

Ofrendas con propósito

También necesitamos aprender a dar de manera planificada. Una ofrenda no tiene por qué ser solo el resultado de un impulso emocional. Podemos apartar voluntariamente una porción de nuestros recursos para apoyar la evangelización, las misiones, los proyectos de asistencia y las necesidades de la iglesia. La generosidad planificada es una forma de mostrar que la misión de Dios forma parte de nuestras prioridades.

Además, quienes reciben y administran recursos sagrados tienen una gran responsabilidad. La iglesia debe tratar los recursos que le confían los miembros con honestidad, transparencia, planificación y rendición de cuentas. Esos recursos no existen para satisfacer ambiciones personales. Son contribuciones destinadas al servicio cristiano y a la misión.

La fidelidad de quien da debe ir acompañada de la fidelidad de quien administra.

05 El tesoro al servicio de la misión

Queridos hermanos, la mayordomía del tesoro no termina cuando la contribución llega a la tesorería. En Mateo 28:19-20, Jesús confió a la iglesia la misión de llevar el evangelio a todas las naciones.

“Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado.”

MATEO 28:19-20

Los recursos, cuando se administran con fidelidad y transparencia, ayudan a sostener obreros, materiales, transporte, proyectos misioneros y acciones de asistencia. No reemplazan el poder del Espíritu Santo, pero pueden servir como instrumentos en Sus manos.

En Filipenses 4:15-17, Pablo agradece a los hermanos de Filipos su apoyo a la obra. Ellos no podían acompañarlo en todos sus viajes, pero participaron de la misión. Así sucede también hoy: unos predicán; otros enseñan, oran, organizan, ayudan y dan. La obra de Dios pertenece a toda la iglesia.

Pensemos en una comunidad lejana donde una familia espera la visita de un misionero, o donde unos niños necesitan un lugar para estudiar la Biblia. Una ofrenda bien administrada puede abrirles puertas. Pero recordemos: Dios no nos llamó solo a financiar la misión; nos llamó a vivirla. Nuestro dinero no reemplaza nuestro testimonio, nuestro tiempo ni nuestro amor al prójimo.

06 Más allá del diezmo, las primicias y las ofrendas: la fidelidad continúa

Después de devolver el diezmo, reconocer a Dios con las primicias y presentar nuestras ofrendas, ¿qué hacemos con los recursos que quedan en nuestras manos? La fidelidad no termina allí. Todo sigue bajo nuestra responsabilidad ante Dios.

“El que es fiel en lo muy poco, también en lo más es fiel; y el que en lo muy poco es injusto, también en lo más es injusto.”

LUCAS 16:10

Administrar para el Señor implica sostener a la familia, trabajar con honestidad, cumplir compromisos, planificar los gastos, cuidar los bienes, evitar el desperdicio y ayudar a los necesitados según nuestras posibilidades. No tendría sentido dar en la iglesia y, al mismo

tiempo, descuidar deliberadamente las necesidades del hogar o actuar con deshonestidad en los negocios.

“¿Por qué gastáis el dinero en lo que no es pan, y vuestro trabajo en lo que no sacia?”

ISAÍAS 55:2

Leamos Isaías 55:1-3. La invitación del profeta es, ante todo, espiritual: solo Dios ofrece lo que realmente satisface el alma. Sin embargo, esta pregunta también nos ayuda a examinar nuestras decisiones. ¿Usamos nuestros recursos por necesidad y con sabiduría, o por vanidad, impulso y deseo de impresionar? ¿Nuestras compras comprometen la paz y el sustento de la familia?

El Señor no condena el descanso, la alegría ni el uso legítimo de los bienes. Nos enseña a no permitir que el consumo gobierne el corazón. Antes de gastar, vale la pena preguntar:

¿Es necesario?

¿Está dentro de mis posibilidades?

¿Honra a Dios y respeta mis responsabilidades?

La fidelidad no se mide por la riqueza que alguien tiene, sino por la manera en que administra lo que recibió. Por eso no basta preguntar: “¿Cuánto le di a Dios?”. También hay que preguntar: “¿Cómo administré todo lo que Él puso en mis manos?”.

07 Cristo, el mayor regalo

“Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna.”

JUAN 3:16

“El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?”

ROMANOS 8:32

La mayordomía cristiana no es solo una lección de finanzas. Antes de que pudiéramos ofrecer cualquier cosa, Cristo se entregó por nosotros. No somos fieles para comprar el amor o la salvación de Dios; procuramos ser fieles porque fuimos alcanzados por Su amor.

Cuando Jesús gobierna el corazón, transforma también el uso de nuestro tiempo, nuestros talentos, nuestro cuerpo y nuestros recursos. Dios no desea solo una parte de lo que tenemos: desea el primer lugar en todo lo que somos.

08 Las cuatro T: toda una vida en el altar

Al final de este mes vemos que las cuatro T son expresiones de una sola consagración.

Tiempo — la vida que Dios nos concede.

Talentos — las capacidades que debemos poner al servicio del bien.

Templo — el cuerpo y la mente que necesitamos cuidar.

Tesoro — todos los recursos que debemos administrar con fidelidad.

Podemos organizar la agenda, desarrollar habilidades, cuidar la salud y devolver diezmos y ofrendas sin entregar el corazón. Por eso Romanos 12:1 nos invita a presentar toda nuestra vida como sacrificio vivo a Dios.

“Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional.”

ROMANOS 12:1

El Señor, Dador y Sustentador de todas las cosas, merece no solo nuestras contribuciones, sino nuestra entera dedicación.

Llamado final: Señor, todo te pertenece

Hoy la invitación es personal. Tal vez necesitemos dedicar más tiempo a Dios, poner un talento al servicio de la iglesia, cuidar mejor la salud o reorganizar nuestras finanzas. Tal vez debamos corregir un hábito de consumo, cumplir un compromiso o renovar nuestra fidelidad en los diezmos, las primicias y las ofrendas. Sobre todo, necesitamos permitir que Jesús ocupe el primer lugar en nuestro corazón.

“Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor.”

MATEO 25:21

Cuando Cristo vuelva, ¿qué palabras desearemos oír? ¡Qué privilegio será oír que fuimos fieles en lo poco: en las oportunidades, en el tiempo, en los talentos, en el cuidado de la vida y en la administración del tesoro! Que estos cuatro sábados no terminen solo con mensajes predicados, sino con decisiones renovadas. Todo pertenece al Señor. Él es el Dador y Sustentador de la vida, y todo lo que puso en nuestras manos debe usarse para honrar Su nombre y bendecir al prójimo.

LLAMADO

La verdadera mayordomía comienza cuando entregamos a Jesús todo lo que somos, y continúa cuando administramos para Su gloria todo lo que recibimos.

Amén.

Textos clave para la presentación

Mateo 6:19-21, 33	donde está el tesoro, está el corazón; buscar primero el reino.
Salmos 24:1	de Jehová es la tierra.
Deuteronomio 8:17-18	Dios da el poder para hacer las riquezas.
1 Crónicas 29:10-16	todo es tuyo.
Génesis 14:18-20	Abram y Melquisedec.
Levítico 27:30	el diezmo es de Jehová.
Malaquías 3:8-12	la invitación a la fidelidad.
Proverbios 3:9	las primicias.
Marcos 12:41-44	la ofrenda de la viuda.
2 Corintios 8-9	la generosidad de Macedonia.
Filipenses 4:15-17	todos participan de la misión.
Lucas 16:10	fiel en lo muy poco.
Isaías 55:1-3	lo que realmente sacia.
Juan 3:16; Romanos 8:32	el mayor regalo.
Romanos 12:1	sacrificio vivo.
Mateo 25:21	buen siervo y fiel.

Referencias y orientaciones para el predicador

Biblia: Reina-Valera 1960 (RVR1960), la misma versión de las diapositivas en español. Lea los textos bíblicos en la versión que usa la congregación.

Elena G. de White: Consejos sobre mayordomía cristiana (dos pasajes resumidos por el autor, no citas literales; páginas por conferir en la edición en español); Patriarcas y profetas, cap. 50, “Diezmos y ofrendas” (en el original inglés, p. 526); Los hechos de los apóstoles, capítulo “Una iglesia liberal”.

Mensaje preparado para distintos predicadores. Adapte los ejemplos locales sin cambiar el énfasis espiritual.

Duración aproximada: 30 a 40 minutos, según la lectura y la exposición.